

mando la pertenencia simultánea al pueblo en Oaxaca y a una comunidad de ticuanenses que se define sin apelar al criterio territorial. Esta doble pertenencia depende en buena medida, explica Smith, del uso de los medios de comunicación que minimizan la importancia de las diferencias de tiempo y espacio.

Finalmente, Valentina Napolitano invita al lector a no olvidar la complejidad de las transformaciones de identidad y mentalidad que sufren los migrantes que llegan del campo a la ciudad. Los motivos particulares de su cambio de domicilio y el lugar adonde llegan a establecerse son muy importantes para entender la interpretación que se le da al contexto urbano. Nociones como la violencia en el campo y en la ciudad, el valor del dinero y la manera de compartir el espacio físico que se habita también dan pistas sobre la formación de identidades.

El conjunto de los artículos es un buen síntoma del estado que guardan los estudios antropológicos, realizados desde el extranjero, y de las inquietantes preguntas que la disciplina se hace hoy día. Sin embargo, las respuestas aquí esbozadas, por la naturaleza diversa e introductoria de la compilación, no están a la altura de sus preguntas.

MARIO ARRIAGADA CUADRIELLO

ROGELIO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, *Amistades, compromisos y lealtades: líderes y grupos políticos en el Estado de México, 1942-1993*, México, El Colegio de México, 1998, 344 pp.

Para muchos espectadores la práctica política es una actividad mafiosa, una profesión de pillos. Esta visión de la política y de los políticos facilita, e incluso promueve, la invención de mitos. Obviamente, de forma singular y exagerada, México no puede escapar a este incidente. Así, uno de los mitos geniales del sistema político mexicano, como la "familia revolucionaria" o el "sindicato de gobernadores", es el "Grupo Atlacomulco". Cuenta la mitología que esta asociación (entre corrupta y delictuosa) de políticos priistas del Estado de México se ha encargado de llevar y traer a todos los gobernadores, quienes le deben y rinden cuentas del puesto a su líder; éste, a su vez, se caracteriza por un poder notable que cambia mediante un oscuro proceso. "La versión, entre romántica y negra, responsabiliza al

mítico grupo de todo lo que ocurre [no sólo en la entidad, sino] en el país” (p. 13).

En este libro, Rogelio Hernández Rodríguez muestra por qué es atractivo, aunque falso, hablar de la existencia de tal grupo. Si por un lado consigue desmitificar satisfactoriamente al “Grupo Atlacomulco”, al probar su inexistencia y mostrar cómo en realidad han sido varios grupos los que han competido y se han sucedido, por el otro expone de manera clara qué es un grupo político: las motivaciones, los intereses que hacen posible esta conjunción de individuos, los compromisos con un líder, el trabajo para él y para sí mismos.

Lo que se esconde detrás del mito es la singularidad de una élite política local y la particularidad de una forma de hacer política. Lo que se encuentra, en este estudio, es la cohesión de esa élite (que, aunque dividida en grupos, mantiene la unidad por medio de la preparación y la disciplina) y la forma de hacer esa política (en donde los dirigentes consolidan la lealtad a ellos y a las instituciones, pero también se establece la competencia madura y pacífica entre grupos e individuos). La consistencia de la élite local no ha sido consecuencia arbitraria de un dirigente; por el contrario, en ello ha influido “una combinación de valores, expectativas y circunstancias” (p. 326). Si, por una parte, la élite ha mantenido un conjunto de valores —como la lealtad y la confianza— transmitido entre generaciones, por otra ha tenido que encarar su posición geográfica, pues “la capital del país pareciera estar entrando a fuerza en su territorio” (p. 20). Esta imagen tiene a bien aludir al hecho de que el Distrito Federal es (y ha sido) una continua amenaza para los políticos mexiquenses. Esa necesidad de proteger la política local ha pasado de una “reacción consciente y deliberada para sobrevivir” a “una norma de conducta que determina la manera de resolver las diferencias y aun las disputas. De esta manera lo que parece un rasgo impuesto por el patriarca es una actitud defensiva” (p. 326).

Antes mencioné que la lealtad y la confianza son valores permanentes en la élite, sobre todo entre los diferentes grupos políticos. En estos valores se enmarcan muchas de las actividades políticas. Pareciera que la lealtad es únicamente un compromiso adquirido por la amistad, que trasciende el desempeño de una función. No obstante, Hernández Rodríguez habla de dos tipos de lealtades: una personal al líder que “garantiza la trayectoria y acaso el éxito de cada político” y otra institucional “al sistema y a los mecanismos [normativos de] la vida política [local] que asegura la supervivencia en su conjunto” (p. 327). La confianza, por otra parte, radica en las expectativas surgidas

acerca del cumplimiento satisfactorio de una tarea. Ésta, creo yo, no sólo es personal sino también institucional, pues un rasgo característico de un buen político es la confianza (o confiabilidad) en sus instituciones. En esa medida, un dirigente, según las prácticas políticas, puede y “debe permitir que los miembros del grupo y sus colaboradores de confianza crezcan, debe reconocer para qué son útiles y estimular su desarrollo” (p. 35).

Si “el desconocimiento ha dado paso a la invención”, no resulta difícil pensar que el “Grupo Atlacomulco” sea una variación de la idea de la “familia revolucionaria”, pues ella alude a la familia mafiosa dominada por don Corleone, o a la imagen de una dinastía hereditaria ceñida por la corrupción. La familia revolucionaria como el grupo Atlacomulco fueron resultado, en realidad, de la unidad de la élite política (nacional y hasta local), de “su renovación sin conflictos y sobre todo de una clara continuidad en proyectos e incluso en estilos de comportamiento, en medio de la inexistencia de competencia electoral y de un servicio civil de carrera que normara objetivamente el ascenso y reclutamiento en el servicio público” (p. 325). En esa medida, es necesario un análisis serio de los grupos políticos que explique aquello que está detrás del mito.

Así, el autor del libro entiende como grupo político “un conjunto organizado de personas que además de tener un objeto o aspiraciones comunes, comparten la experiencia y la preparación para encargarse de tareas de gobierno” (p. 31). Un grupo político se observa: por 1) los miembros destacados que ocupan puestos decisivos e integran varios gobiernos y 2) el liderazgo que se hace escuchar en la política estatal. En esa medida los grupos políticos desarrollan una serie de reglas no escritas (como la lealtad o la eficiencia), en las cuales los miembros basan su comportamiento y establecen un criterio de vigilancia entre ellos. Pero además, nos dice Hernández Rodríguez, en un entorno característico de partido dominante, los grupos políticos —así como los partidos, pero sin normas formales— son un medio eficaz para disputarse el poder, establecer el ascenso e incluso reclutar a los nuevos funcionarios. En otras palabras, han servido como instrumento para mantener la maravillosa cohesión de la élite política. Es importante ver que “la colaboración mutua y permanente (o al menos frecuente) entre [los miembros], es lo que al político [...] le sirve para establecer su permanencia de grupo” (p. 30). Luego entonces, para un político mexiquense la existencia de los grupos no es nada desdeñable; por el contrario, es un medio eficaz para contender localmente por el poder: en palabras de un político local, son la versión mexicana de los partidos políticos.

A lo largo de la historia contenida entre las décadas de los cuarenta y los noventa, la élite del Estado de México, como se dice en el libro, ha sido agredida en no pocas ocasiones por el poder central, siguiendo el imperativo de la federación, no del estado. Sin embargo, y eso es lo interesante del caso, la manera de reaccionar de la élite fue la competencia y sucesión de los grupos políticos que mantuvo, para los políticos mexiquenses, la política local. Hernández Rodríguez identifica, entonces, por lo menos cinco etapas de predominio de un grupo y su alternancia: primero, el que puede llamarse propiamente Grupo Atlacomulco, que comprende los gobiernos de Isidro Fabela, Alfredo del Mazo Vélez y Salvador Sánchez Colín (capítulo II); un periodo de transición de los grupos de Gustavo Baz y Juan Fernández Albarrán (capítulo III); el predominio del grupo del gobernador Carlos Hank González, y su sucesor Jorge Jiménez Cantú (capítulo IV); la consecuente ruptura con los grupos de Alfredo del Mazo González y Mario Ramón Beteta (capítulo V); y finalmente, una “conciliación” con Ignacio Pichardo (capítulo VI). Incluso, casi al final (epílogo), Hernández Rodríguez analiza brevemente el gobierno de Emilio Chuayfett y su intento fallido por consolidar su grupo. Empero, lo más relevante del análisis aplicado en el libro —el seguimiento de las carreras políticas y administrativas de funcionarios de gobierno, diputados (federales y locales), presidentes municipales y funcionarios del PRI— es que la influencia real de los grupos no va más allá del segundo periodo consecutivo de gobierno, cuando no del original: es decir, ocurre un “descenso sostenido”. Ello ilustra no únicamente la inexistencia del mítico y perenne “Grupo Atlacomulco”, sino también la debilidad característica de los grupos políticos para mantenerse presentes durante mucho tiempo, y “cómo cada gobernador constituyó [su grupo] para contener el de su antecesor y, acaso, preservarse” (p. 47).

Si bien es casi imposible negar que Fabela instituyó “las reglas de comportamiento que desde entonces norman la vida política del estado y, en contrapartida, garantiza que se mantenga el proyecto [es decir] la élite que surge [...] nace y se desarrolla en las instituciones que él fundó” (p. 27), es insostenible que el “Grupo Atlacomulco” haya perdurado a través de las décadas. Los gobiernos de Baz y Fernández Albarrán rompen en mucho con los parámetros establecidos de integración del gobierno; además, dan cuenta de que su llegada a Toluca no fue apoyada por los grupos locales, sino por la decisión del gobierno central de acabar con el debilitado poder de Fabela y de contener los primeros indicios de la consolidación de la élite local: “al agota-

miento generacional se le sumó la clara voluntad presidencial de impedir la consolidación de Fabela y su grupo” (p. 328).

Otro caso que le imprime a la política local una nueva forma de acción (e incluso va más allá) es el de Carlos Hank González. Su ascensión a la gubernatura y al liderazgo de un grupo estuvo determinada, a la par de su reconocida habilidad política, por la modernización de la élite y la falta de un líder fuerte en el estado. Hank supo utilizar y demostrar sus capacidades como buen político y administrador, a la vez que amplió su red de relaciones personales. Ello lo distinguió por varias razones: los contactos “personales” en los ámbitos público y privado, la destacada pericia para negociar, el reconocimiento de varias generaciones como buen político, y la acertada disposición para no sólo incluir nuevos políticos, sino también para apoyarlos. No obstante, sobrevino un efecto no deseado: “el éxito fue la principal causa de declinación del grupo porque Hank centró sus esfuerzos en capitalizar su elevada posición” (p. 330) y, en lugar de consolidar la de su grupo en el estado, dio paso a la fisura y al combate entre los otros grupos: la actuación de Del Mazo González y Beteta poco puede mostrar sobre la continuidad de un solo grupo político —a pesar de que Pichardo represente el regreso y la conciliación del grupo hankista.

Hernández Rodríguez, para concluir, dice que la competencia entre los grupos políticos y la unidad de la élite, se enfrenta actualmente tanto al hecho de que los municipios han crecido en torno al Distrito Federal, como al avance de la oposición en algunos de ellos y, sobre todo, “a la diversificación de la sociedad”. Esta heterogeneidad social manifiesta es cada vez más profunda: difícilmente un solo grupo político se sobrepodrá a los otros. El autor percibe incluso la falta de un líder que sea capaz de unificar, como Fabela o Hank, a todos los políticos locales.

Finalmente, sólo queda destacar el hecho de que el trabajo de Rogelio Hernández Rodríguez es muestra de la maduración analítica del estudio sobre los grupos políticos. Como él mismo dice “los grupos políticos [...] nada tienen de residuos tradicionalistas y deben ser analizados como prácticas comunes y no como fenómenos extraordinarios” (p. 39). La invitación a la lectura de este trabajo es una invitación a conocer una forma seria de estudiar la política.